

De esta manera, el texto de Víctor Hugo Méndez resulta sumamente interesante ya que nos obliga a pensar en una serie de temas que siguen estando presentes en nuestro mundo, pues pese a que hoy las condiciones y el entorno social son diferentes a la época de Platón, sigue existiendo la preocupación por la comprensión de los actos que se realizan en la esfera social y política en la que nos movemos. Ciertamente, la propuesta platónica es una más de las que se han dado a lo largo del transcurso de la historia del pensamiento, pero su originalidad y riqueza de ideas muestran una vigencia que no está en la aceptación de su propuesta sino en las preguntas que nos es posible formular a partir de la incertidumbre en que nos dejan sus conceptos. La idea de justicia ha cambiado en el entorno de un mundo de riesgo y de complejidad no imaginado por Platón; la especialización del saber y de la práctica cotidiana se vuelve un obstáculo para entrelazar ámbitos éticos, políticos y metafísicos por demás disímbolos unos de otros; observar al ser humano en la integridad de sus acciones y de sus ideas resulta una tarea tal vez imposible. Pero dentro del juego de las diferencias y la pérdida de un sentido unívoco, el lógos platónico se hace presente en el límite del pensamiento imposible de la justicia. ¿Hasta dónde somos capaces de ser justos con el otro?, ¿qué tanto es posible transgredir el mundo de la política con una incidencia moral y metafísica que limite la injusticia y la corrupción actuales?, ¿tenemos el poder de darnos una propia ley que deje fuera toda determinación trascendental? Son preguntas que de ningún modo se hizo Platón y que sin embargo no podríamos hacer sin él y son en suma parte del límite de nuestro pensamiento que no encuentra todavía una salida cierta. En las conclusiones de su trabajo Víctor Hugo Méndez se pregunta: “¿pero quién se arriesgaría a sostener que su propia polis ha alcanzado la justicia plena y que ya no requiere ninguna reflexión sobre cómo han de vivir sus ciudadanos?”⁵ Espero que esta pregunta sirva como una invitación a pensar nuestro entorno y nuestro sentido de justicia.

Carlos HAM JUÁREZ

Mauricio BEUCHOT, *Microcosmos. El hombre como compendio del ser*. México, Universidad Autónoma de Coahuila, 2009. 207 pp. (Col. Siglo XXI. Escritores Coahuilenses. Segunda Serie)

Mauricio Beuchot ha generado una gran obra relativa a los derechos humanos. Durante la última década del siglo pasado publicó cuando menos tres volúmenes, ya clásicos: *Filosofía y derechos humanos* (1993); *Derechos humanos, iusnaturalismo y iuspositivismo* (1996), y *Derechos humanos. Historia y filosofía* (1999). La presente reseña se aboca a un texto que gravita en torno de la categoría fundamental de los derechos humanos: dignidad.

⁵ *Ibid.*, p. 86.

La dignidad humana, según el autor de *Microcosmos. El hombre como compendio del ser*, deriva de la naturaleza humana misma, que en la tradición central de Occidente ha sido considerada como un “compendio del ser”, esto es, como un “microcosmos”. Esta “idea-símbolo”, casi ubicua en un Occidente que insiste en olvidarla, es el objeto de estudio de Beuchot en el libro reseñado. “[...] lo que en realidad buscan todas las metafísicas es la unidad en la multiplicidad, la identidad en la diversidad, la síntesis de los contrarios. Eso se logra con la analogía, con la analogicidad. Quizá sea mejor decir que el microcosmos, más que una idea, es una imagen, una metáfora imprescindible. La del deseo de reducir la multiplicidad a la unidad” (p. 47).

La hermenéutica analógica es una filosofía cercana al iusnaturalismo que, a diferencia de algunos positivismos jurídicos ampliamente influyentes a lo largo del siglo XX, no prescinde de un “instinto metafísico” (p. 141); pero de una metafísica con “conciencia de la historicidad” que se encuentra “vinculada a la conciencia de la libertad” (p. 114). La obra está integrada por nueve apartados: Génesis y sentido de la idea del hombre como microcosmos; Microcosmos y lenguaje; Microcosmos y lógica; Microcosmos y ciencia; Microcosmos y psicología; Microcosmos e historia; Microcosmos y metafísica; Microcosmos, ética, sociedad y Microcosmos, religión y mística.

Dos de las preocupaciones que constituyen los hilos conductores de la reflexión de Beuchot sobre el microcosmos son, por una parte, su historia, y por la otra, su lugar en la filosofía. *Microcosmos. El hombre como compendio del ser* conjuga ambas vertientes conceptuales. La obra inicia con un epígrafe de *El gran teatro del mundo* de Calderón de la Barca: “‘Pequeño mundo’ la filosofía llamó al hombre; si en él mi imperio fundo como el cielo lo tiene, como el suelo; bien puede presumir la deidad mía que el que al hombre llamó ‘pequeño mundo’, llamará a la mujer ‘pequeño cielo’” (v. 1030). La situación privilegiada de los seres humanos en la Gran Cadena del Ser, a pesar de encontrarse muy lejos del Primer Eslabón, Dios, radica precisamente en ser un microcosmos.

La idea y símbolo del hombre como un mundo en pequeño (microcosmos) que tiene y *vive* todos los elementos del gran mundo (macrocosmos) nos lleva a considerar que el ser humano es un ser privilegiado para conocer y *comprender* los distintos aspectos del cosmos y tender sus relaciones con él. Esta idea-símbolo puede servirnos de guía para muchas reflexiones, reflexiones que se dirigen a comprender nuestro interior y nuestro exterior. La idea-símbolo del hombre como microcosmos es algo bello, pero, también —y esto es lo más importante— creo que es algo cierto. Y es que en nuestra época nos encontramos en este punto en una situación parecida a la del microcosmos en la antigüedad: el microcosmos de todos los tiempos (p. 7).

Beuchot encuentra la idea-símbolo “microcosmos” en la filosofía presocrática.

[...] tenemos testimonios explícitos sobre el hombre como microcosmos que comienzan con los filósofos presocráticos. De entre los primeros, Demócrito de

Abdera declara que el hombre es un mundo pequeño, o microcosmos (Diels-Kranz, 68B34), con lo cual parece iniciar la lista de los que explícitamente hicieron esta postulación. Platón da un carácter venerable a esa idea, al proponerla en su cosmología como algo que centra el conocimiento del todo en el hombre (Timeo, 30a-38b). Inclusive Aristóteles adopta esta simbología, aplicándola al infinito (Physica, VIII, 2, 252b). El Estagirita sostiene que el hombre puede conjuntar en sí todas las —al menos potencialmente— infinitas cosas como en un compendio. Y son sobre todo los neoplatónicos los que exaltan esa imagen, basados en la autoridad de su maestro Platón. No faltan testimonios en Plotino... (p. 9).

¿Quizá debería de resaltarse un poco más la aportación de Anaxágoras a la edificación de la idea-símbolo en cuestión? ¿Acaso el ser humano, con su pensamiento (*nous*), su corporalidad constituida por la suma de las raíces que son los principios de lo real —las *homeomerías* según Aristóteles— y tensionado entre las fuerzas del amor y el odio, no constituye la quinta esencia de lo humano como compendio del ser?

La Antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento e incluso el pensamiento contemporáneo, después de un eclipse moderno —asociado a la concepción mecanicista del mundo—, a partir del siglo XIX, desarrollan variantes de la idea símbolo del hombre como microcosmos. Aunque cada época es importante por sí misma, el Renacimiento hace hincapié en que la dignidad del ser humano deriva de que es un compendio del ser.

Es un tópico frecuentísimo en el renacimiento. Ya que sólo mencionamos a algunos representantes de cada época, citemos a Juan Pico de la Mirándola, en su *De hominis dignitate*, así como a Fernán Pérez de Oliva, quien en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, de pleno espíritu renacentista y humanista, dice que el hombre es algo universal, pues participa de todas las cosas: “Tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perfición de todas las cosas, como Dios en sí tiene perfición universal; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen” (Pérez de Oliva, Fernán (1953), *Diálogo de la dignidad del hombre*, en *Obras escogidas de filósofos*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Real Academia Española, vol. 65, 390b). En ser compendio de lo creado e imagen de Dios cifraban estos humanistas la dignidad del hombre. Mencionemos también a Nicolás de Cusa y a Tomás Campanella (*De sensu rerum*, I, 10), y cabe añadir a Leonardo da Vinci, quien parece seguir la idea de que el microcosmos humano puede inscribirse en un cuadrado —idea que ya venía en el *homo quadratus* de Vitrubio (pp. 14-15).

Beuchot, infatigable teórico de los derechos humanos, hace hincapié en que la idea-símbolo del “microcosmos” es susceptible de ofrecer una fundamentación de éstos.

Creemos que en la actualidad la idea-símbolo del hombre como microcosmos puede ayudar a resarcir algunos aspectos de la naturaleza humana que se han

olvidado, desatendido o simplemente descuidado. Tal es, por ejemplo, la dignidad del hombre (que ahora se quiere defender con los derechos humanos); al ver cómo el hombre participa de todas las cosas naturales y además las excede y sobrepuja, por virtud de la razón, nos percataremos de la gran dignidad que tiene la naturaleza humana. Se ha dicho alguna vez que hay que fundamentar los derechos humanos en la dignidad humana y no en la ley o derecho natural, que brota de la naturaleza humana. Pero, ¿de dónde surge esa dignidad del hombre? Vemos que la dignidad humana se basa en la misma naturaleza humana, que es captada como teniendo ese valor que trasciende a todas las demás cosas del mundo. La concepción del hombre como microcosmos fue una de las cosas que a lo largo de la historia hizo que se intuyera más claramente la dignidad del hombre. Eso se puso muy de manifiesto en los autores renacentistas, que *ex professo* hablaron de la dignidad del hombre, y uno de los argumentos que más repetidamente esgrimían era el del hombre como síntesis y superación de todas las demás cosas que los rodeaban, es decir, la idea-símbolo del hombre como microcosmos. Y parece ser que incluso hoy puede dar la misma apreciación, respetable y digna, de la naturaleza humana (pp. 18-19).

He pretendido que el hilo conductor de la reseña sea la filosofía de los derechos humanos de Beuchot. Aunque el libro desarrolla más temas y los ilustra con una serie de afortunados textos literarios y poéticos —y la selección de poesías es realmente magnífica—, percibo la asociación “microcosmos-dignidad-derechos humanos-justicia” a lo largo de este libro, casi al final reitera: “La idea del hombre como microcosmos lleva de manera casi insensible al reconocimiento de la dignidad de todos los hombres; porque hace ver cómo el ser humano es lo más elevado de las criaturas” (p. 159).

La interpretación busca la comprensión a través de la contextualización; ello resulta indispensable debido al carácter polisémico que suele impregnar los textos, estén plasmados por escrito o a través de otro soporte. Sin embargo, no existe una modalidad única de hermenéutica, ni tampoco una sola propuesta de clasificación. Beuchot se aboca a la hermenéutica analógica en particular. Esta propuesta suya se ubica entre la hermenéutica univocista, que restringe al extremo los límites de la interpretación, y la equivocista, para la cual toda interpretación es correcta. La estructura de la hermenéutica analógica permite superar varias limitaciones de otras filosofías. En un ámbito de filosofía de la religión la hermenéutica analógica permite “balbucear” sobre lo divino (p. 180). El hincapié en el símbolo, en la teología analógica y en la aportación de la hermenéutica a la comprensión de la pluralidad y la multiculturalidad (p. 186) complementan acertadamente este estudio del microcosmos desde la perspectiva de la hermenéutica analógica.

A manera de conclusión, quizá sea adecuado afirmar que Occidente ha pensado la dignidad humana en términos de que el hombre y la mujer o bien son imagen y semejanza de Dios o bien son seres racionales, libres y autónomos. No es extraño que una concepción eclipse, incluso ignore, a la otra; pero la idea-símbolo “microcosmos” conjuga ambas, y tal unidad articula la antropología filosófica con el lenguaje, la lógica, la ciencia, la psicología, la historia, la metafísica, la ética e incluso una filosofía de la

religión. En palabras de Beuchot, “el hombre-microcosmos, que es imagen de Dios, busca contemplarlo” (p. 196).

Víctor Hugo MÉNDEZ AGUIRRE

Jorge LINARES, *Ética y mundo tecnológico*. FCE / UNAM, 2008.

La ética del filósofo de la tecnología

La reflexión ética sobre la tecnología se ha polarizado en dos grupos: el de los críticos capaces de sospechar del progreso tecnológico y el de los que están a favor de éste. Tal polarización ha traído como consecuencia que ambos grupos se ignoren entre sí y se contenten con atribuirse calificativos como tecnofóbicos, catastrofistas y conservadores temerosos ante el curso del mundo, por un lado, y, por el otro, tecnofílicos (a veces fanáticos) progresistas, liberales y sabios ingeniosos y confiados en el gran poder de la tecnología para estar al servicio de las mejores causas.

Resulta obvio que tales calificativos provienen de quienes están a favor del avance tecnológico y que, en consecuencia, la tendencia dominante en la ética de la tecnología y en la bioética haya sido ésta. Llama la atención que la mayoría de los libros publicados sobre el tema, al menos en nuestro ambiente, apenas nombran a pensadores supuestamente catastrofistas y si lo hacen es casi siempre en una nota a pie de página.

Por fortuna sigue habiendo pensadores que trascienden el ámbito de las polarizaciones, las reducciones y las “etiquetas” y se atreven a indagar el pensamiento crítico. A mi juicio, éste es el mérito principal de *Ética y mundo tecnológico* de Jorge Linares. En este libro, el autor se compenetra con la palabra de filósofos que él mismo considera “catastrofistas”, en tanto advierten la proximidad de una catástrofe, pero no por ello son tratados como meros alarmistas sino como “anunciadores del peligro mayor” que nos ofrecen los criterios para adquirir conciencia de lo que puede venir. Así, el mensaje sobresaliente de *Ética y mundo tecnológico* es la urgencia ética y existencial de ser conscientes de los riesgos que corremos en un mundo dominado por la tecnología y de la responsabilidad que debemos asumir todos los habitantes de la Tierra. Además, este libro nos muestra —de manera implícita— la poca importancia de los calificativos un tanto despectivos que la tendencia dominante atribuye a la postura crítica y el valor singular que tiene para la ética contemporánea analizar los lados oscuros de la realidad tecnológica.

Por otra parte, Jorge Linares asume un doble desafío de gran envergadura: se propone exponer con claridad y amplitud a los anunciadores del peligro mayor y, a la vez, encontrar parámetros éticos que puedan limitar el enorme poder de la tecnología contemporánea para dirimir los conflictos que plantea el desarrollo tecnológico y evitar, en consecuencia, la posible catástrofe. En *Ética y mundo tecnológico* encontramos un acceso sencillo y bien documentado a la biografía y el pensamiento de Heidegger, Jacques Ellul, Günter Anders, Hans Jonas y Eduardo Nicol sobre los cuestionamientos